

Documento distribuído por



Carta do pai de Narcisa remitida ao Visconde de Campo-Grande

Carta enviada en 1977 polo médico e poeta Narciso Pérez de Reoyo, pai de Narcisa Pérez de Reoyo ao Visconde de Campo-Grande, quen publicou despois unha biografía sobre a autora; en: “Gallegas distinguidas. IV Narcisa Pérez de Reoyo” por Alfredo Vicenti, en: *Galicia Moderna. Semanario de intereses xenerales* . A Habana; Ano I; 21 de xuño de 1885; p. 8

Documento distribuído por culturagalega.org

Consello da Cultura Galega. (www.consellodacultura.org)

Pazo de Raxoi, 2 andar. 15704 Santiago de Compostela (Galicia)
Tfno: 981957202 / Fax : 981957205 / redaccion@culturagalega.org

“Mi hija única, Narcisa, nació en Santiago de Compostela el 4 de Mayo de 1849. Nerviosa, débil y molestada desde sus primeros años por frecuentes palpitaciones de corazón, hubiera muerto muy niña sin los exquisitos cuidados de que fue rodeada por su madre, por mí y por toda la familia, cuyo ídolo fue siempre. La vida del campo, algunos pequeños viajes y la proscripción absoluta de toda educación intelectual, contribuyeron poderosamente a regular su desarrollo. Dicha privación la contrariaba mucho, pues desde pequeña demostraba ánsia de saber. Por fin, cuando tenía ya de diez a once años, condescendí un poco con sus deseos, y entonces, en pocos días, aprendió á leer bien y á escribir medianamente, ramos que, con los de labores de manos que gustaban extraordinariamente, constituyeron toda su enseñanza.

Desde niña reveló, especialísimas dotes intelectuales y morales, uniendo á un alma tierna, sensible y eminentemente religiosa, un generoso, de temple superior, y entusiasta por todo lo grande y noble. Lo malo y lo mezquino no existían para ella, y la herían cruelemente la inconsciencia y la ingratitud. Su precoz talento carecía completamente de cultivo. Nada sabía, pero apreciábalo todo con admirable perspicuidad y discutía con singular acierto en las cuestiones más graves y profundas, propendiendo siempre á embellecerlas y poetizarlas. Poseía, en fin, verdadera presciencia.

De gustos e inclinaciones en extremo delicados, de inocentes costumbres, de carácter sencillez y melancólico, deleitábase en el trato íntimo de la familia, y su conversación era inagotable, amena y jovial, no desdeñando los chistes de buen género. Al trazar las primeras letras, comenzó a hacer versos, que a poco recogí y coleccioné con la avidez del padre y con la sorpresa del hombre apasionado por la bella literatura. ¡Perdóneme Dios la inmodestia! Mas las fechas que aquellos tienen al pie habrán de disculparla.

En 1865 se publicaron los *Cantos de la Infancia* y dos años después, tras una fiebre que la tuvo diez y seis días al borde del sepulcro, el *Devocionario Infantil*, que había compuesto, jugando, de oraciones cortas y en verso, “a fin (decía) de que los niños rezasen y siguiesen con gusto la Misa, sin cansarse ni distraerse.”

(...)

En 1874 salieron a la luz sus *Horas Perdidas*, colección de varios juguetes que había ido recogiendo y que dieron a la estampa con gran disgusto de la autora...

Instigada por un virtuoso sacerdote de Andalucía, muy amante de las letras, ingresó en la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida en 1872, y obtuvo en el mismo año el primer accésit por una oda á Nuestra Señora de Guadalupe, escrita, por cierto de improviso en los últimos días de adquisición al Certámen anual de dicha Asociación. En los dos siguientes de 1873 y 1874, fue laureada en la misma Academia con los dos premios y un accésit.

En el Certámen público de Zaragoza, celebrado también en 1874, ganó el *Laurel de oro* y un *precioso diploma, permio de aquella Diputación provincial*.

También en Gerona había obtenido años antes alguna mención honorífica.

(...)

Entre las hermosas cualidades que se disputaban el predominio de su alma, resplandecían la caridad cristiana y la modestia. Ejercía aquella hasta donde era posible, con sigilo extremo; en cuanto á esta no he conocido nada semejante. Era una total ignorancia de su valer que rayaba en inercia, y que ha llegado a ser proverbial entre cuantos la conocían.

Si alguno hubiera intentado persuadirla de que tenía más mérito que la generalidad de las personas, habríase ella reído con la mayor naturalidad.

(...)

Habiendo contraído matrimonio con D. Nicolás Boado, pagó con la vida el placer de la maternidad... Tras catorce meses de sufrimientos, la Virgen, de quien fué tan ferviente

devota y á la que siempre glorificó en us cantos, la llevó á su seno el 19 de Junio de 1876, sin dolores, sin fátigas, sin ninguno de esos fenómenos que tanto aumentan el horros de la muerte, sin más transtornos que la lenta extinción de la vida. Durmiese como un ángel, risueña y tranquila, asida á mis manos, y despertó en el cielo. ¡Ella dichosa! Sus restos descansan hoy a orillas del Océano, cuya magnificencia y armonías había cantado tantas veces.”